

EL ESCRITOR Y EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Francisco COLOANE (*)

NOTA.—Entrevista concedida por el autor, al Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de Chile. Es fiel reproducción de la grabación. Agradecemos la gentileza del personal del Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de Chile.

LA DIRECCION

¿Qué significa para Ud. el Premio Nacional de Literatura?

Ha significado para mí una responsabilidad literaria que antes no la tenía; por ejemplo, cuidar más lo que se escribe, pues nuestros libros pasarán a ser textos auxiliares en la enseñanza y la mayor responsabilidad de un escritor de cierta edad reside en la formación de la juventud, en la influencia mala o buena que pueda ejercer en ella.

Malos escritores formarán malos discípulos. Desde los mitos, cuentos y leyendas hasta la novela moderna hay toda una responsabilidad histórica en el espíritu del hombre y de los pueblos. El último mito, de la superioridad racial de los hitleristas, llevó a la humanidad a la hecatombe de cincuenta millones de muertos y la destrucción material de numerosos pueblos. Todo esto porque desde la mitología germana ha sobrevivido en el carácter del alemán una influencia guerrerista y de discriminación racial que ha sido fatal para su propio pueblo. Y digo esto porque entre nosotros mismos a través del libro "La raza chilena", del doctor Palacios, se dice textualmente que "el roto chileno es, pues, araucano-gótico", después de una insólita elucubración sobre la raza y prosapia nórdico-germana de los conquistadores españoles

de Chile. Como se ve, hay que tener mucho cuidado con lo que se piensa o se inventa.

¿Lo considera un verdadero estímulo a la producción literaria?

Más que estímulo, lo considero un reconocimiento a una obra ya realizada; pero aquí surge un problema: si un Cervantes joven, por ejemplo, escribe un único libro, como el "Don Quijote", ¿por qué no ha de ser el merecedor inmediato de un Premio Nacional de Literatura?

¿Cuál ha sido su trayectoria como escritor, desde el momento en que recibió el Premio Nacional?

La trayectoria ya estaba hecha desde mi primer libro "El último grumete de la Baquedano", cuya última edición completará los cien mil ejemplares, hasta "El camino de la ballena", que va en su segunda edición. Después del Premio no he escrito más novelas ni cuentos, porque me he dedicado a viajar y conocer nuevas vivencias para poder producir nuevas obras, pues mi literatura emana fundamentalmente de la realidad que conozco mejor. He escrito, sí, numerosas crónicas de viajes por el país y el extranjero, que están desperdigadas en diarios y revistas. Siempre me ha gustado más vivir que escribir, y estas nuevas realidades me darán nuevas perspectivas para nuevos cuentos y novelas. Debo declarar que antes del Premio nunca me consideré un escritor profesional, y que ahora con la responsabilidad de mi último y "nuevo oficio", tengo que disciplinarme en las modernas técnicas literarias para no quedarme atrás.

Joseph Conrad decía que el escritor debía "hacer su trabajo lo mejor posible, pintar exactamente lo que ha visto, cuidar sus frases como una tripulación lava su puente, y no aguardar otra recompensa que el silencioso respeto de sus iguales, tal es su honra". Yo sigo este buen consejo del más grande maestro de los escritores del mar.

Todo escritor, todo artista, tiene un mensaje; desea manifestar algo a su público. ¿Podría definir su mensaje y considera Ud. que lo ha expresado por completo en el conjunto de sus cuentos o novelas?

Yo no tengo más mensajes que el de la simple comunicación humana. Cuando escribo siempre pienso en alguien, a veces en una mujer, en un niño o en un hombre. A veces en un criminal y otras veces en un santo. He conocido las peores bestialidades y los más grandes gestos humanos, como aquel del capitán Enrique Barra, que conocí en el sur de mi país, y que se desprendió de su salvavidas en una noche de tempestad en medio del naufragio de su barco, para dársela a un muchacho que fue uno de los pocos sobrevivientes que contó después esta acción heroica sin otro escenario que el de la tempestad y sin

otro público que el de un niño que pudo morir en vez de él, que se hundió con su barco.

Este es un gran mensaje que debe transmitirse siempre, aunque uno personalmente no sea capaz de realizarlo. Chile es una tierra triturada como por un sacrificio cósmico, pero grandiosamente bella. Así necesita también una bella alma del hombre, como la del capitán Barra. A veces mi país me parece una aguja imantada que va desde el trópico de Capricornio hasta la Antártida, en medio de una brújula hecha de tierra y mar. De vez en cuando la aguja tiembla con un terremoto u oscila con un maremoto, pero, al final, vuelve a encontrar su norte. Al chileno le da lo mismo la tierra que el mar; en esas dos inseguridades temblorosas tiene que afirmar sus pies y no perder nunca la cabeza. Es una condición un poco dramática, pero saludable para la vida del hombre.

Santiago es como el pivote central de esta aguja imantada y por eso algunos creen que Santiago es Chile. Es cierto que nuestra zona central es "la copia feliz del Edén"; pero la del infierno suele estar a veces en nuestros cálidos desiertos del Norte y entre los glaciares del Sur. El hombre de estos extremos, sobre todo el proletariado minero y ganadero, son los que han forjado la solidez de esta aguja imantada hacia las inmensidades bajo la luz protectora de la Cruz del Sur.

En mis cuentos y novelas he tratado de expresar esta alma del hombre chileno, sobre todo del magallánico y del chilote, cuyas dimensiones humanas pueden atestiguar los mares, golfos y cordilleras trituradas y excavadas por los hielos milenarios del Sur, por donde entró después el océano más tempestuoso del planeta. En ese escenario grandioso reside un hombre a veces tan minúsculo como una brizna y a veces tan poderoso como el viento del Oeste. Eso lo he visto y lo he sentido desde mi infancia, y es eso lo que he escrito y contado y seguiré contando.

El Premio Nacional de Literatura representa, sin lugar a dudas, uno de los momentos culminantes en la vida de un escritor. ¿Cuál fue su impresión al recibirlo? ¿Dónde se encontraba cuando el Jurado dio su veredicto?

Mi primera impresión fue de sorpresa y de que no lo merecía. Lo supe en la oficina de un amigo y creí que se trataba de una broma pesada que me hacía. Sin embargo, encaminé luego mis pasos hacia la Universidad y en el trayecto un extraño diablillo empezó a bailar dentro de mí, haciéndome raras piruetas. No lo conocía, y, por primera vez, supe que era vanidoso. Este conocimiento de mí mismo se lo debo al Premio Nacional de Literatura, y desde entonces también me preocupa el problema de la vanidad en el escritor. Después supe que fue Ricardo Latcham el que propuso mi nombre al Jurado.

En una crítica me había definido como “un primitivo de la literatura”, y yo no entendía bien lo que quería decir eso. Hasta supuse que me consideraba algo así como un intruso metido en la literatura, sin antecedentes literarios o influencias de formación muy claras; pero su actitud generosa me demostró que era un elogio. Era un crítico apasionado de la literatura chilena y latinoamericana, como lo fue su padre en el estudio científico de nuestro valor autóctono, y, seguramente, premió en mí más lo que quería que fuera, que lo que es. Su estímulo también me orientará hacia una superación.

La opinión de un Premio Nacional de Literatura siempre interesa. Representa el juicio de una autoridad en la materia. ¿Podría señalar algunos factores positivos y negativos que se advierten actualmente en nuestro medio literario?

No soy autoridad ni en la materia de mi propia literatura, como me lo demostró en un ensayo sobre mis cuentos el profesor checoslovaco Oldrich Bielic de la Universidad Carolina de Praga. En mi cuento “De cómo murió el chilote Otey” descubrió técnicas literarias en las cuales no pensé al escribirlo; puede que inconscientemente las haya asimilado de alguna parte y las llevara dentro de mí; pero fue una novedad. Así no puedo ser juez de nuestro medio literario porque soy parte de él. Sin embargo, puedo decir que huelo a los escritores naturales, aún cuando sean muy jóvenes, como el caso de Patricio Mahns, el autor de “La noche sobre el rastro”, que siendo un muchacho me llevó un cuento al hotel donde me alojaba en Ancud y le dije que era un verdadero escritor.

Otros se forman con el esfuerzo y resultan tan buenos como los de talento natural. Es positiva la proliferación de poetas y narradores de estos últimos tiempos. Ya hemos visto algunos saltos de cantidad a calidad que, seguramente, seguirán dándose de acuerdo con esta atmósfera favorable.

Como factor negativo considero en primer lugar el descenso cultural de nuestro medio bombardeado por las tiras cómicas de procedencia extranjera, malos programas radiales y de televisión, que son llevados también a espectáculos teatrales de una mediocridad penosa. En lo que respecta a la creación literaria pura, lo negativo lo encuentro en la tendencia a la angustia, a la desesperación y a lo absurdo, característica general que se está dando en el mundo de régimen capitalista, cuyo ocaso se avecina aceleradamente con las corrientes de lixiviación histórica que estamos presenciando. En este aspecto la perspectiva del socialismo es la que puede salvar al intelectual de la decadencia capitalista. Esto no quiere decir que esta misma época no dé valores transcendentales, como es el caso de Julio Cortázar, que salva al escritor de genio como se ha salvado siempre el verdadero escritor y el verdadero hombre a través de las vicisitudes de la humanidad.